

Vicisitudes de Juan Pablo Duarte¹

“Ninguno de los altos próceres de América que en la lucha por la libertad se agigantaron, ha sido tan detractado y tan injustamente negado como Juan Pablo Duarte, en vida y en muerte”.

Por Vetilio Alfau Durán (A. D. H.)

Muy buenas noches:

Con la venia de ustedes, antes de proceder a exponerles el tema con el cual ingreso hoy como Miembro de Número a esta ilustre corporación, desde cuyo seno sus integrantes siempre se han propuesto irradiar esclarecedores destellos de luz que permitan un enfoque lo más objetivo posible del devenir histórico de nuestra nación, quiero evocar brevemente el nombre, vida y obra de ese prestigioso historiador a quien, para mi honra y orgullo, me corresponde suceder en esta Academia. Me refiero a Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, que en paz descanse.

Vida fecunda, dedicada a la iglesia y a la patria, como en doloroso momento acertadamente consignara el académico licenciado Américo Moreta Castillo², Monseñor Polanco Brito nació en Salcedo el 13 de octubre de 1918 y falleció en la ciudad de Santo Domingo el 13 de abril de 1996.

Ordenado sacerdote en 1944, desempeñó una fructífera labor pastoral en diversas provincias del país. Fue el primer Obispo de la Diócesis de Santiago, desde 1956 hasta 1965. Ocupó la posición de Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de Santo Domingo y fue Arzobispo Coadjutor, desde 1965 al 1975. A partir del año

¹ *Discurso de ingreso como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, pronunciado en sesión solemne el 24 de febrero de 1998. Santo Domingo, R.D.*

² *Ver: “Una vida fecunda dedicada a la iglesia y a la Patria”, en Clío, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, Año LXIV, enero-abril de 1996, No. 154.*



1975 hasta el 1995 fue Arzobispo Obispo de la Diócesis de Higüey, posición a la que renunció tras alcanzar la edad límite para desempeñar funciones eclesiásticas.

Fue el creador del Seminario San Pío X de Licey al Medio así como Fundador y primer Rector de la Pontificia Universidad Madre y Maestra. Asimismo, fue constructor del Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino en Santo Domingo.

Conjuntamente con sus deberes eclesiásticos, Monseñor Polanco Brito desarrolló sus actividades historiográficas a través de una prolífica obra bibliográfica.³

Monseñor Polanco Brito fue exaltado como Miembro de Número de esta Academia el 14 de marzo de 1970 y desde entonces ocupó el Sillón M, hasta su lamentable deceso. Fue su Presidente durante tres períodos consecutivos, desde 1986 hasta 1995. De igual modo, fue fundador y primer presidente del Instituto Dominicano de Genealogía.

Como se puede apreciar, su obra historiográfica es vasta y significativa y, por demás, poco menos que imposible de superar. La filosofía de esta Academia, sin embargo, no preconiza que sus miembros compitan entre sí, ni que mucho menos pretendan superar la contribución del otro. Nuestro deber consiste en cultivar la historia apegados a rigurosas metodologías científicas que permitan única y exclusivamente el resplandor de la verdad histórica. Y es de acuerdo con este principio gnoseológico que humildemente acepto la responsabilidad, que sobre mí ha recaído, para ocupar el sillón que durante más de cinco lustros ocupó ese insigne prela-

³ Entre sus principales publicaciones cabe destacar los siguientes títulos: *Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino* (1948), *Recuerdos de Familia* (1948), *Salcedo y su Historia* (1954), *Novena a San Juan María Vianney* (1954), *La Parroquia de San José de los Llanos* (1958), *Calendario Altagraciano* (1946-1954), *El Concilio Provincial de Santo Domingo y la Ordenación de los Negros e Indios* (1969), *La Iglesia Católica y la Primera Constitución Dominicana* (1970), *Manuel María Valencia, Político, Poeta y Sacerdote* (1970), *Fray Ramón Pané, Primer Maestro, Catequizador y Antropólogo del Nuevo Mundo* (1974), *Peregrinación Dominicana Roma-Tierra Santa* (1978), *María de Altagracia y Juan Pablo II* (1979), *La Masonería en la República Dominicana* (1985), *Los Escribanos en el Santo Domingo Colonial* (1989), *Historia de Salvaleón de Higüey* (1994). Fue también compilador de cuatro volúmenes de papeles, cartas y escritos del presbítero Francisco Javier Billini.



do e historiador, por cuya memoria solicito dispensemos un minuto de silencio.

La campaña contra Duarte

El general Juan Pablo Duarte, ilustre caudillo del movimiento separatista de 1844, fue el principal propulsor entre sus coetáneos de la independencia pura y simple.

Duarte, asimismo, fue la persona a quien sus propios compañeros de lucha, y algunos prominentes ciudadanos de la época, reconocieron como al máximo líder del partido duartista, y a quien por su abnegación y desvelos al servicio de la causa independentista le dispensaron el título de Padre de la Patria.

Pues bien: ese preclaro líder revolucionario, cuya máxima aspiración consistió en lograr que los dominicanos disfrutaran de un Estado republicano, libre y democrático, fue objeto de inmerecidos infundios y calumnias desde antes de cristalizarse el proyecto político por el cual sacrificó su juventud y el bienestar de su familia.

Esa campaña de descrédito se inició en Santo Domingo hacia mediados del año 1843. Fue promovida por un reducido círculo de compatriotas cuya cosmovisión de los acontecimientos divergía sustancialmente de la concepción política que preconizaban Duarte y sus correligionarios. Ese grupo político, ideológicamente de inclinación pro colonialista, al parecer advirtió en el carácter intransigente y en la firmeza de los principios revolucionarios del fundador del partido trinitario, un eventual obstáculo para el desarrollo de sus particulares apetencias políticas y económicas. De ahí que jamás desistieran en sus esfuerzos por desprestigiarlo políticamente y por excluirlo definitivamente del entorno social dominicano de la época.⁴

Juan Pablo Duarte inició su apostolado revolucionario en el año de 1834, cuando regresó a Santo Domingo procedente de Europa. Desde ese momento -sostuvo don Emiliano Tejera- su destino quedó fijado para siempre: “Todo por la patria y para la patria..



!Nombre, juventud, fortuna, esperanzas, cuánto era, cuánto podía ser, todo lo ofrendó en aras de la tierra de su amor! Las grandes causas necesitan grandes sacrificios, y él, puro y justo, se ofreció como víctima propiciatoria. Amor de madre, cariño de hermanas, afectos juveniles tan caros al corazón, ilusiones de perpetuidad, cimentadas en un heredero de nuestra sangre y de nuestras virtudes, ¡alejaos, alejaos para siempre!”.⁵

Como se sabe, Duarte fue el más ardiente exponente y defensor de la idea redentora que nos dio un Estado libre e independiente de todo poder extranjero. De igual modo, fundó la agrupación política La Trinitaria,⁶ cuyo propósito esencial era fundamentalmente político: lograr la separación de las comunidades haitiana y dominicana para entonces proceder a crear un Estado libre e independiente de toda potencia extranjera que se denominaría República Dominicana.

El partido trinitario, sin embargo, no actuó solo en el escenario político dominicano. Había otros grupos políticos conservadores cuyos objetivos primordiales, si bien es verdad que en algunos aspectos coincidían con los nacionalistas -como por ejemplo en la cuestión de la separación de Haití-, no menos cierto es que su proyecto segregacionista en esencia constituía un valladar poco menos que infranqueable para los planes de la independencia pura y simple, que alentaban los duartistas.

Esos grupos contrarios a los nacionalistas pueden clasificarse conforme a sus preferencias políticas: uno era pro-haitiano, otro pro-inglés, también había uno pro-español y finalmente estaba el que se identificaba con los franceses. Todos esos “partidos” -si se

5 Emiliano Tejera: “Exposición al Honorable Congreso Nacional, solicitando permiso para la erección de la estatua del ilustre patrio”. Santo Domingo, 1894.

6 Los integrantes de esta agrupación política, que solamente fueron nueve y nada más que nueve, debían diseminarse por la ciudad y demás poblaciones de la parte española de la isla, procurando atraer otros dos compañeros y formar así una célula de tres personas, externa al núcleo central de la organización. Los dos nuevos allegados a la corporación eran conocidos como adeptos y jamás conocerían la identidad de los restante ocho trinitarios, ni tampoco sabrían de la existencia de dicha sociedad. Esa estructura explica el carácter secreto de La Trinitaria, Ver: Vetilio Alfau Durán, “En torno a La Trinitaria” en “Vetilio Alfau Durán en Clío, Escritos”, Vol. II, publicaciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Santo Domingo, R.D., 1994, compilación por Aristides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón.



me permite el uso del término-, coincidían en adversar, casi de manera irreconciliable, a los revolucionarios liderados por Duarte.

Entre esos núcleos políticos opuestos a los duartistas, el más prominente era el de los conservadores o afrancesados, “enemigo nato de la República autónoma y, por tanto, anexionista”, según César Nicolás Penson⁷. Los integrantes de este “partido”, con mayor experiencia que los trinitarios por razones de edad, disponían también de mayores recursos económicos y propugnaban porque, luego del rompimiento de los vínculos con Haití, el pueblo dominicano pasase a depender o a ser protegido por una potencia extranjera.

Duarte se opuso tajantemente a esos propósitos, que juzgaba anti-nacionales, y por su actitud vertical frente a quienes consideraba enemigos de la patria (a los que posteriormente llamaría orcopolitas y facción miserable -que además eran y serían siempre “todo, menos dominicanos”), mereció todo tipo de vejaciones, acusaciones, persecuciones, destierros y hasta intentos para eliminarlo físicamente.

En el códice conocido como el Diario de Rosa Duarte, la hermana del patricio consignó: “Los enemigos de su patria para hacerle desmayar en sus proyectos apelaron al ridículo, unos le apellidaban el niño inexperto; otros el Quijote dominicano que había concebido el proyecto de formar e independizar su Insula que ofrecía a los Sancho Panza que le rodeaban.”⁸

Primer destierro

Hacia mediados de 1843, la parte española de la isla experimentaba una inusitada efervescencia política. La alianza táctica que Duarte promovió con los liberales haitianos de La Reforma, tras el derrocamiento de Boyer, permitió a los trinitarios ampliar su radio de acción, al tiempo que posibilitó la conquista de importantes po-

7 “Cosas Añejas”, Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1951, p. 296.

8 “Apuntes de Rosa Duarte. Archivo y Versos de Juan Pablo Duarte”, edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. Larrazábal Blanco y V. Alfau Durán. Instituto Duartiano, Vol. I, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1970.



siciones en el tren administrativo de la ciudad de Santo Domingo a través de las Juntas Populares.

En una reunión que se llevó a cabo en casa de Manuel Joaquín del Monte, en la que participaron delegados de los diferentes grupos políticos activos en aquellas circunstancias, alguien de los afrancesados formuló una propuesta que los duartistas interpretaron contraria a los planes del partido nacional. Duarte se opuso enérgicamente a tal proposición, argumentando que todo proyecto que atentara contra el interés nacional constituía delito de lesa patria y que, por tanto, debía rechazarse.

Es fama que al siguiente día de esa reunión, las autoridades haitianas recibieron una lista de sediciosos -encabezada por Duarte- quienes conspiraban contra la Unión con Haití y alegadamente propugnaban por la incorporación a Colombia de la parte española de la isla al igual que por el restablecimiento de la esclavitud de los negros⁹. Ante esa falaz denuncia el presidente haitiano, Charles Herard, al frente de un numeroso contingente de soldados, decidió trasladarse a territorio dominicano y personalmente dirigir el apresamiento de los disidentes, sobre todo el principal cabecilla, que lo era Duarte. Fue por ese motivo que desde mediados de julio de 1843 el líder trinitario se vio precisado a ocultarse a fin de evadir la tenaz persecución de que fue objeto.

Su devota hermana Rosa, en el célebre Diario, escribió que a las cuatro de la tarde del 11 de julio “se ocultó Duarte en casa de sus amigos los Ginebra y los enemigos de la patria estaban de plácomes (a esa hora en ese funesto instante principió su martirio que concluyó a los treinta y tres años y tres días, a las tres de la mañana del 15 de julio de 1876 que pasó a mejor vida)”.

⁹ *Surtió cierto efecto el argumento de los afrancesados en el sentido de que los trinitarios abogaban por el restablecimiento de la esclavitud de los negros, pues no se olvide que a poco de proclamada la República Dominicana un grupo de campesinos en Monte Grande se sublevó a fin de contrarrestar lo que ellos llamaban “la revolución de los blancos”, que no era independentista y que más bien propendía hacia el retorno a la Madre Patria. Cf. Vetilio Alfau Durán: “En torno a Duarte y a su idea unidad de las razas”, discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Historia, 1954. Reprod. en “Vetilio Alfau Durán en Clío”, Escritos, Tomo II, Publicaciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Vol. II, compilación Aristides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, Gobierno Dominicano, Santo Domingo, R.D. 1994.*



En septiembre de 1843, Duarte y sus principales compañeros de partido, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez, experimentaban su primer destierro en Venezuela, país al que en 1841 el líder de los trinitarios ya había visitado en gestiones de negocios; mientras que los demás correligionarios suyos pudieron eludir la persecución haitiana y permanecer en Santo Domingo, continuando así con los aprestos revolucionarios.

Durante este primer destierro, que duró unos siete meses, Duarte padeció no pocas angustias:

La impotencia que debió sufrir porque nada pudo hacer en lo inmediato para evitar las amenazas de que fue víctima su familia por parte de la soldadesca de Herard;

La distancia del suelo patrio, que sin dudas le provocaba indescriptible nostalgia;

Las dificultades que enfrentó entre sus contactos venezolanos para obtener respaldo y recursos económicos que le permitieran llevar a feliz término el proyecto independentista;

La severa fiebre que padeció y le postró en cama desde los meses finales de 1843 hasta mediados de febrero de 1844;

Y, como si todo eso fuera poco, el fallecimiento de su padre, acaecido el 25 de noviembre del 1843, agravado por la circunstancia de que no le fue posible acompañar a su atribulada familia en las exequias de su progenitor.

Es indudable que estas adversidades constituyeron factores de singular gravitación en el estado anímico del joven revolucionario. El mismo Duarte nos brinda un testimonio un tanto desalentador sobre el resultado de sus gestiones en favor de la causa revolucionaria: “los insuperables obstáculos -escribió- que en mi patria se oponían a mis pasos me siguieron al destierro haciendo todos mis esfuerzos infructuosos”.



Regreso a la Patria

La República Dominicana fue proclamada el 27 de febrero de 1844. La acción revolucionaria que viabilizó la cristalización del proyecto trinitario obedeció a una combinación de diversos factores políticos originados, fundamentalmente, por virtud de una alianza táctica y estratégica entre el partido nacionalista y los elementos conservadores; alianza urdida por el espíritu intrépido y audaz del joven Ramón Matías Mella.

Una de las primeras disposiciones del gobierno provisional que emergió del grito de la Puerta del Conde, fue comisionar al trinitario Juan Nepomuceno Ravelo y al general Juan Alejandro Acosta para que se dirigieran a Curazao a fin de trasladar al país a Duarte, a Pérez y a Pina, los principales dirigentes del partido trinitario.

Al momento de recibir la grata noticia de que su patria ya era libre, ¿cuál era la situación personal del ilustre revolucionario? El doctor Pedro Troncoso Sánchez, uno de los más profundos conocedores de la vida de Duarte, nos brinda una breve respuesta a esa interrogante:

“Tenía treinta y un años y desde los veinte y cinco se había consagrado a preparar la libertad. Sus esfuerzos y sufrimientos habían quebrantado su salud. La fortuna heredada por él, su madre viuda y sus hermanos había sido ofrecida totalmente a la causa de la independencia. Había tenido que dejar de lado toda ocupación remunerativa. Había puesto en peligro su vida. Había estrangulado su natural deseo de unirse en matrimonio a la mujer amada. Había tenido que emigrar para escapar a la represión del ocupante. Lo que pudo haber sido para él una vida regalada, con una bella compañera, lo trocó por agonía en la tierra natal, en persecución y exilio, en enfermedad y pobreza.”¹⁰

Duarte regresó a Santo Domingo el 15 de marzo de ese año, apenas cuatro días antes de que en Azua se escenificara el primer choque bélico de importancia entre tropas haitianas y parte del

¹⁰ Troncoso Sánchez, Pedro: “Las fechas duartianas”. Separata del Boletín del Instituto Duartiano, Año XIII, diciembre 1981. Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 1982.



improvisado ejército dominicano. Al decir del historiador nacional José Gabriel García, el patricio fue recibido con “la ovación más espléndida de que puede haber sido objeto un mortal afortunado al regresar del destierro a los lares patrios...” Se le dispensó un recibimiento como si se hubiera tratado de un Jefe de Estado; el Arzobispo de Santo Domingo, doctor Tomás de Portes e Infante, lo saludó diciéndole “Salve, Padre de la Patria”; y frente a la Plaza de Armas, hoy Parque Colón, el pueblo en masa al igual que los representantes del incipiente ejército lo proclamaron General en Jefe de los Ejércitos de la República, título que no aceptó porque existía un gobierno legítimamente constituido al que correspondía discernir semejantes distinciones. Duarte también fue designado Miembro de la Junta Central Gubernativa; se le elevó al rango de General de Brigada y nombrado Comandante del Departamento de Santo Domingo.

Bajo esas prerrogativas, y de acuerdo con las instrucciones específicas que le impartió el gobierno¹¹, Duarte se preparó para participar en forma activa en las contiendas bélicas que comenzaron a tener lugar entre dominicanos y haitianos. Al poco tiempo de transcurrido el combate de Azua, las tropas dominicanas -por órdenes del general Santana- se retiraron hasta el pueblo de Baní, y esa circunstancia motivó que Duarte concibiera la idea de atacar al ejército haitiano de común acuerdo con el hatero seibano.

El líder trinitario favorecía un ataque simultáneo a la retaguardia y avanzada del ejército invasor, por medio de una acción combinada entre las tropas que él y Santana dirigían. El hatero seibano, en cambio, pensaba de manera muy distinta y consideró oportuno aguardar a que las tropas enemigas iniciaran la retirada hacia el Oeste. Además de las diferencias políticas que los separaba, se cree que esas desavenencias tácticas en el orden militar entre Duarte y Santana contribuyeron a distanciarlos de manera definitiva.

¹¹ Cf. *Comunicación de la Junta Central Gubernativa al General Juan Pablo Duarte, marzo 21, 1844, en Emilio Rodríguez Demorizi: “Guerra Dominico-Haitiana”, Pág. 76.*



Como no fue posible articular con el general Santana una estrategia específica, Duarte entonces solicitó autorización al gobierno central para actuar con sus tropas por cuenta propia; solicitud que fue desestimada al tiempo que se le instruyó para que se reportara a la ciudad capital, en donde supuestamente era necesitado. “!Qué lejos estaba de pensar que ya había llegado a la cumbre de su Tabor, y que lo que se figuraba celajes de gloria, era el vaho infecto de la envidia y la ingratitud, y lo que tomaba por palmas de triunfo, eran los brazos de la cruz dolorosa en que debía ser ajusticiado por los mismos que acababan de deberle la libertad!”.¹²

Ofensiva trinitaria

Entre marzo y agosto de 1844, en medio de la crisis provocada por la incertidumbre de la amenaza haitiana, cuyos legisladores y gobernantes persistían en la cuestión de la indivisibilidad de la isla, los trinitarios libraron una enconada lucha política frente al sector de los conservadores, que pretendía consumir el protectorado con Francia.

El 26 de mayo, Tomás Bobadilla, presidente de la Junta Central Gubernativa, convocó una reunión en el palacio del gobierno para conocer un posible acuerdo con Francia. A cambio de cederle a ese país el control de la bahía de Samaná, se garantizaría la independencia dominicana bajo la modalidad del protectorado. Como era de esperarse, el sector liberal del gobierno, representado por Duarte, protestó enérgicamente ante tales pretensiones. Esa oportuna oposición de Duarte logró que -al menos temporalmente- se desistiera de semejante proyecto, el cual, conforme al credo duartiano, temprano o tarde terminaría lesionando la recién proclama-

¹² Emiliano Tejera, *Op. Cit.*, pág. 100.



da soberanía.¹³

El 31 de mayo de 1844, la oficialidad del ejército de Santo Domingo, en un espontáneo gesto de reconocimiento a la labor desplegada por los trinitarios, mediante comunicación enviada a la Junta Central Gubernativa, solicitó que Duarte, Sánchez, Mella, José Joaquín Puello y otros patriotas fueran elevados de rango. En el caso del general Duarte, la oficialidad solicitaba que fuera ascendido al grado de General de División Comandante en Jefe del Ejército al tiempo que justificaba tal promoción porque “ha sido el hombre que desde muchos años está constantemente consagrado al bien de la patria, y por medio de sociedades, adquiriendo prosélitos y públicamente regando las semillas de Separación, ha sido quien más ha contribuido a formar ese espíritu de libertad e independencia en nuestro suelo, en fin, él ha sufrido mucho por la patria...”¹⁴

La crisis política dominicana, sin embargo, agudizaba y a principios de junio de 1844, el giro que tomaron los acontecimientos políticos preocupó sobremanera a Duarte y compañeros quienes, al fin de evitar que los afrancesados actuaran sorpresivamente y consumaran sus propósitos desnacionalizantes, decidieron asumir el control del gobierno mediante una especie de coup d'Etat. Fue así como el nueve de junio los trinitarios llevaron a cabo una audaz:

13 En diciembre de 1845, cuando ya los ilustres revolucionarios se hallaban en el exilio, Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco, le escribiría a Duarte y le recordaría la trascendencia histórica para el nacionalismo dominicano de su comportamiento durante la célebre sesión de la Junta Central Gubernativa en que se conoció la propuesta de Bobadilla para concertar el referido convenio con Francia: “Sí, Juan Pablo, la historia dirá: que fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la patria; que conspiraste, a la par de sus padres, por la perfección moral de toda ella; la historia dirá: que fuiste el Apóstol de la Libertad e Independencia de tu Patria; ella dirá que no le trazaste a tus compatriotas el ejemplo de abyección e ignominia que le dieron los que te expulsaron cual a otro Aristides; y, en fin., Juan Pablo, ella dirá: que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa que, con una honradez a toda prueba, se opuso a la enajenación de la península de Samaná, cuando tus enemigos, por cobardía, abyección e infamia, querían sacrificar el bien de la patria por su interés particular. La oposición a la enajenación de la península de Samaná es el servicio más importante que se ha prestado al país y a la revolución.” Cf. “*Cartas al Padre de la Patria*” (Selección de Emilio Rodríguez Demerizi y presentación de Pedro Troncoso Sánchez), publicaciones del Instituto Duartiano, Vol. V., Editora del Caribe, C. por A., Santo Domingo, R.D., 1970.

14 Ver: “*Guerra Dominico-Haitiana*”, Pág. 128.



maniobra política consistente en destituir del gobierno a los representantes del sector afrancesado. Por primera vez, pues, los trinitarios asumieron pleno control del joven Estado, designando a Francisco del Rosario Sánchez como presidente de la Junta Central Gubernativa que, como se recordará, era un gobierno transitorio aunque legítimo.

Instalados en el poder, los nacionalistas dirigidos por Duarte no anidaron planes de vendettas personales contra sus opositores políticos. Erradamente, los trinitarios, quienes al parecer no eran conscientes de los riesgos que implicaban los choques entre clases sociales de intereses políticos y económicos distintos, no procedieron a detener y expatriar del país a los cabecillas del sector conservador, soslayando con esa actitud tolerante el hecho de que éstos, si hubiesen estado en el lugar de ellos, habrían desplegado todo tipo de esfuerzos por ver cristalizados sus anhelos políticos y clasistas. En efecto, los conservadores no permanecieron de brazos cruzados: tan pronto tuvieron oportunidad, actuaron contra el sector nacionalista y el país político, por tanto, quedó escindido en dos bandos con ideas y propósitos diametralmente opuestos.

El general Pedro Santana, acantonado en el Sur, se preparó para marchar hacia la capital y restituir al sector conservador en el gobierno. Entretanto, en el Cibao los trinitarios -con Mella a la cabeza- intentaron contrarrestar las gestiones que realizaban emisarios de los afrancesados con el propósito de atraerse a los sectores económicos poderosos de la región. Con el apoyo del ala liberal cibaeña, Mella se adelantó a las maquinaciones del grupo conservador y puso en marcha un arriesgado plan político que de haber resultado exitoso, otro habría sido el destino de la joven república.

La popularidad de Duarte en el Cibao era de tal magnitud, que Mella no vaciló en gestionar su aclamación como Presidente de la República, en un desesperado intento por evitar que el general Santana se alzara con el poder, como en efecto sucedió poco después. La crisis política que se desató entonces fue sobremanera delicada. El país probablemente se habría fragmentado en dos regiones con gobiernos distintos, a no ser por la actitud concilia-



dora que adoptó Duarte tras declinar la proclamación para Presidente de la República de que había sido objeto en Santiago, Moca y Puerto Plata, pues él era partidario de elecciones fruto de certámenes organizados democráticamente en los que participaran libremente todos sus conciudadanos.

Santana y su grupo reaccionaron ipso facto y, al cabo de un mes, los jóvenes revolucionarios fueron depuestos del gobierno, frustrándose de esa manera el movimiento cibaño tendente a convertir a Duarte en presidente de la República. De esa manera, arribaba a su fin el proyecto político de los duartistas, fracasando en sus propósitos de retener el gobierno. El partido trinitario también fue de escasa existencia, pues habiéndose conformado hacia el 1838 ya desde mediados de 1843, había entrado en un proceso de progresiva desintegración.

Anarquista y traidor

De nuevo en el poder, los conservadores decidieron perseguir y apresar a Duarte y a sus principales compañeros acusándolos de sediciosos y de enemigos de la paz pública. Así, en una Resolución del 22 de agosto de 1844, el general Pedro Santana, que convirtió a la Junta Central Gubernativa en una especie de Alta Corte Marcial, calificó a Duarte de “anarquista, siempre firme en su loca empresa”. Lo acusó de estafador al sostener infundamente que “había arrancado cuantiosas sumas al comercio para gastos imaginarios o inútiles”. Lo tildó de engañar a ciudadanos sencillos; lo identificó como instigador, ambicioso, fatuo y déspota.

A la luz de esa Resolución, Duarte era un supuesto libertador quien había huido del país cuando Riviere estuvo en Santo Domingo en 1843 dejando a sus amigos y compañeros “en el mayor peligro a causa de sus imprudencias”. Pretendido héroe y libertador de nueva especie, también catalogó el Presidente Santana al fundador de La Trinitaria.¹⁵

Otro prominente miembro del sector conservador, Tomás Bobadilla, por su parte, juzgó a Duarte “joven inexperto” quien, “le-



jos de haber servido a su país, jamás ha hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas...” Y el cónsul francés Saint Denys, acaso una de las personas de mayor influencia en la política criolla durante los días genésicos de nuestra República, catalogó a Duarte como “joven sin méritos”, “sin carácter y sin alcance espiritual”, “mal visto por la población y los notables”, “alborotador”, “vanidoso”, “suficientemente intrigante”, “ambicioso y egoísta”¹⁶.

Evocando con tristeza aquellas fricciones políticas, un profundo analista de nuestro pasado escribió: “Duarte pudo defenderse de sus enemigos; mas para ello era preciso encender la guerra civil, y no fue para llegar a extremo tan deplorable, que él y sus beneméritos compañeros habían hecho sacrificios de todo género, en los años empleados combatiendo la dominación haitiana. Para la Patria habían trabajado; no para ellos, y la Patria podía perderse del todo si se desunían los dominicanos. La historia dirá a su tiempo si obraron bien o mal desaprovechando la oportunidad de combatir la nueva tiranía que se entronizaba en el país; pero en cualquier caso no podrá menos de reconocer en sus actos desinterés y abnegación. Entregaron los brazos a las cuerdas de sus enemigos, y la cárceles dominicanas, en vez de criminales, guardaron Libertadores.”¹⁷

Reducidos a prisión en agosto de 1844 mediante la Resolución No. 17 adoptada por la Junta Central Gubernativa, Duarte y sus compañeros fueron declarados traidores a la Patria y condenados al destierro perpetuo. Las conclusiones de esa vergonzosa Resolución no pudieron ser más severas: tras calificarlos a todos como “traidores e infieles a la Patria” ordenaba que “todos sean inmediatamente desterrados y extrañados a perpetuidad del país, sin que puedan volver a poner el pie en él, bajo la pena de muerte que será

16 *Los severos juicios del cónsul Saint Denys aparecen en diferentes comunicaciones que remitió a la cancillería francesa, durante su ejercicio diplomático en Santo Domingo. Ver: “Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo”, Vol. I, Ed. y notas de Emilio Rodríguez Demorizi. Archivo General de la Nación, Vol. I, Ciudad Trujillo, R.D., 1944.*

17 *Ibid, Pág. 106.*



ejecutada en la persona del que lo hiciere, después que sea aprehendido y que se justifique la identidad de su persona;...”

Los que de lealtad sobaban, como afirmara el propio Duarte, fueron acusados nada menos que de traidores a la Patria. Varios decenios después, al referirse a ese deplorable juicio político al que fueron sometidos los fundadores de la República, en una brillante exposición sometida al Congreso Nacional, el eminente civilista Emiliano Tejera afirmaría: “los que durante muchos años se habían negado constantemente a pedir el apoyo extranjero, temerosos de comprometer el suelo de la Patria; los que sacrificando su patrimonio habían dado armas a ese ejército y libertad a ese grupo de sanguinarios ciudadanos para que ahora se sirviesen de una y otras para infamarlos, para destruirlos. Cinco meses antes eran Libertadores de la Patria; aún no hacía veinte días un puñado de patriotas, y ahora, sin haber faltado a ley alguna, enemigos de la nacionalidad, reos de lesa nación, criminales dignos de muerte”.¹⁸

Segundo exilio

El 10 de septiembre de 1844, Juan Pablo Duarte, quien había sido humillado, engrillado y confinado a una de las aborrecibles mazmorras de la Torre del Homenaje, abandonó el país al cual había contribuido a hacer libre e independiente.

No resulta aventurado conjeturar que tan injusto tratamiento debió provocarle profunda angustia, al igual que terrible e inenarrable sufrimiento. Duarte mismo nos revela la desmejorada condición física en que se encontraba al momento en que, junto con otros compañeros, abordó el barco que lo conduciría a su segundo ostracismo, que duraría 20 años:

“A las seis de la tarde rodeado de numerosa tropa bajamos al muelle. Yo iba enfermo con las calenturas que había traído de Puerto Plata. Me apoyaba para poder andar en los brazos de mi hermano Vicente y su hijo Enrique. Al llegar al bote que debía conducirnos a bordo del buque nos hicieron separar, pues los opreso-

¹⁸ Tejera, Emiliano: *Op. Cit.*, Pág. 84.



res de la patria para hacernos más dolorosa la separación nos confinaron a distintos puntos”.

Posteriormente, unos versos contenidos en un Romance de su autoría, evocarían con no disimulada nostalgia el triste episodio de su partida:

*“Era la noche sombría
y de silencio y de calma;
era una noche de oprobio
para la gente de Ozama;
noche de mengua y quebranto
para la patria adorada;
el recordarla tan solo
el corazón apesara.*

*Ocho los míseros eran
que mano aviesa lanzaba
en pos de sus compañeros
hacia la extranjera playa.*

*Ellos que al nombre de Dios,
Patria y Libertad se alzarán;
ellos que al pueblo le dieron
la independencia anhelada,
lanzados fueron del suelo
por cuya dicha lucharán;
proscriptos, sí, por traidores
los que de lealtad sobran;
se les miró descender
a la ribera callada,
se les oyó despedirse,
y de su voz apagada
yo recogí los acentos
que por el aire vagaban”.*

Pero no se detendrían ahí las amarguras experimentadas por Duarte. Varios meses después, el 3 de marzo de 1845, su madre, doña Manuela Diez, también sería deportada junto con sus demás hijos y nietos, por instrucciones del general Santana, presidente de la República. En comunicación firmada por el Secretario de Interior y Policía, Manuel Cabral Bernal, la familia Duarte-Diez fue acusada de recibir planes desde el extranjero para desestabilizar el gobierno y “mantener el país intranquilo”, por lo que se conminó a la apacible dama a “que a la mayor brevedad realice usted su salida con todos los miembros de su familia, evitándose el Gobierno de este modo de emplear medios coercitivos para mantener la tranquilidad pública en el país”.¹⁹

Tan drástica e inesperada decisión del gobierno obligó a la familia de Duarte a vender apresuradamente las pocas pertenencias que

¹⁹ Véase: “Archivo de Duarte” en “Diario de Rosa Duarte”, pág. 212.



poseían, incluyendo su casa del barrio de Santa Bárbara. El 19 de marzo de 1845 doña Manuela Diez, en compañía de sus hijos y nietos, abandonó para siempre la República Dominicana. Al reconstruir esos lamentables sucesos, Duarte, quien se reunió con su familia en abril de ese mismo año, escribió: “Abracé a mi querida madre y hermanas en la Guaira y legué a ese Dios de justicia el castigo a tanta iniquidad, a tanta maldad”.

Establecidos en Caracas, Duarte y su hermano Vicente Celestino en principio se dedicaron a labores comerciales. Pero, como es de suponer, la familia Duarte debió padecer no pocas estrecheces económicas, típicas del exilio. En cierta ocasión, preocupado por las deprimentes noticias que había recibido acerca del status económico de los Duarte, Juan Isidro Pérez le escribió a Juan Pablo en estos términos: “Vive, Juan Pablo, y gloríate en tu ostracismo, y que se gloríen tu santa madre y toda tu honorable familia. No puedo más. Mándame a decir, por Dios, que no se morirán Uds. de inanición; mándamelo asegurar; porque esta idea me destruye. Nada es sufrir todo género de privaciones, cuando se padece por la patria, y con una conciencia tranquila; mándame asegurar, en tu primera carta, que no perecerán de hambre!!!”.

Es obvio que Duarte respondió al Ilustre Loco explicándole la verdadera situación suya y de su familia, puée en febrero de 1846 Juan Isidro Pérez volvería a escribirle al patricio y le participaba que “el tenor de tu última carta me ha hecho respirar un poco más tranquilo por tu suerte; y a Dios elevo fervientes votos porque tengas feliz éxito en tus empresas mercantiles...”²⁰

Con todo, fueron tantas las amargas padecidas por la familia Duarte en el exilio, que don Emiliano Tejera -quien los conoció y trató en Caracas-, llamaría al desolado hogar de los Duarte “mansión del dolor”; mientras que el historiador Emilio Rodríguez Demorizi consignaría que nuestra historia republicana no registra una

20 Ver: “*Cartas al Padre de la Patria*”, publicaciones del Instituto Duartiano, Vol. V.



“vida tan amargamente aciaga, como la vida de la familia Duarte”.²¹

Los reveses políticos padecidos por Juan Pablo Duarte en su país le decepcionaron de tal forma que -ya radicado en Venezuela- prefirió internarse en las selvas del Amazonas por espacio de doce años. Tal vez se enteró de la amnistía promulgada en 1848 por el Presidente Manuel Jiménez en beneficio de los trinitarios; pero, convencido de que la correlación de fuerzas políticas había variado muy poco, optó por permanecer fuera del país.

Duarte era consciente de que incorporarse a las actividades proselitistas en Santo Domingo implicaba adoptar posiciones firmes y definidas frente a sus opositores políticos y como su concepción de la función pública era tan prístina y tan pura, jamás se brindó para ser motivo de desunión y de discordia entre los verdaderos y buenos dominicanos. Es innegable que su prolongado ostracismo y su desvinculación del escenario político criollo afectaron sensiblemente su liderazgo y contribuyeron a que generaciones posteriores a la proclamación de la República tuvieran un escaso conocimiento sobre su trayectoria pública y privada.

Algunos analistas del pasado dominicano han criticado acerbamente al Padre de la Patria por haber permanecido tanto tiempo fuera del país, al margen del cotidiano quehacer de la política. Aducen esos analistas que la responsabilidad de un auténtico líder es luchar en todo momento junto a su pueblo, tanto durante las crisis como en los períodos de paz. Esos críticos, sin embargo, olvidan que Duarte no abandonó el país por voluntad propia, sino que en determinada coyuntura política fue desterrado a perpetuidad por obra de un grupo político que le adversaba con acentuada vesania.

Es cierto que en 1848 se promulgó una amnistía, pero las condiciones políticas no garantizaban seguridad personal, por lo menos para Duarte -que era el líder principal del partido trinitario- quien, contrario a los demás revolucionarios beneficiados con l

²¹ Rodríguez Demorizi, Emilio: “En torno a Duarte”. *Academia Dominicana de la Historia*, V, XLII, Editora Taller, Santo Domingo, 1976.



medida dictada por el presidente Manuel Jiménez, había sido el que soportó con mayor estoicismo la sevicia del general Santana y su grupo. Recuérdese que además de haber sido expulsado del país en 1844, en el mes de marzo del siguiente año su familia también fue arrojada al destierro, lo cual no sucedió con los familiares de ninguno de los demás revolucionarios comprometidos con la causa nacional²². Uno de los hermanos de Duarte, de nombre Manuel, enloqueció como consecuencia de los infortunios originados por la represión santanista y jamás quiso retornar a Santo Domingo. Es posible que Duarte, consciente de que ya era una realidad incontrastable el que sus compatriotas vivieran bajo el amparo de un Estado autónomo, decidiera continuar residiendo en Venezuela junto con sus hermanas, quienes nunca quisieron abandonar al desdichado Manuel.

En la restauración

En 1864 Duarte regresó a Santo Domingo tras enterarse que la República Dominicana había desaparecido y que los dominicanos se habían convertido en una provincia ultramarina española, como consecuencia de la Anexión a España perpetrada inconsultamente por el general Santana el 18 de marzo de 1861.

Decidido a regresar a la Patria y a luchar por el restablecimiento de su autonomía, y mientras se disponía a preparar su expedición, algunas personas le propusieron concertar acuerdos con los repre-

²² En febrero de 1845 María Trinidad Sánchez y Andrés Sánchez, tía y hermano, respectivamente, del prócer Francisco del Rosario Sánchez, fueron fusilados junto con otros desdichados compañeros, por disposición de un tribunal militar que los juzgó por alegada conspiración contra el orden establecido. Se podría argumentar que como la inmolación es un gesto de mucho mayor trascendencia que el destierro sufrido por un individuo, toda vez que en la primera se ofrenda la vida misma, la familia de los Sánchez fue víctima de un tratamiento más severo e inhumano. Sin embargo, el posterior regreso del prócer Sánchez al país y su eventual incorporación a las actividades políticas, tanto al lado del general Santana -cuyo gobierno propició el sacrificio de sus familiares- como del general Báez, ambos anti duartistas, introduce un elemento diferenciador respecto del caso de la familia de Juan Pablo Duarte y su conducta frente al grupo conservador que los arrojó al ostracismo. No pretendemos, empero, establecer comparaciones en el caso de estas ilustres familias. Ambas fueron igualmente abnegadas y sacrificadas a lo largo de la trayectoria pública de los dos insignes próceres. Simplemente intentamos ofrecer una explicación razonable de los motivos que pudieron haber influido en Duarte para no regresar a Santo Domingo, luego de la amnistía promulgada en 1848.



sentantes diplomáticos de España en Caracas. Incluso se afirma que hubo quienes le ofrecieron el cargo de Capitán General de la colonia en caso de arribar a acuerdos con la monarquía española y no faltaron quienes insinuaran que con semejante convenio, el otrora líder trinitario hubiera podido devengar beneficios económicos y que “sus hermanos saldrían del estado de privaciones en que me hallaba yo mismo”. Pero Duarte, cuya reciedumbre moral y revolucionaria era inquebrantable hasta en los momentos de mayores penurias económicas, declinó tales ofertas prefiriendo, por el contrario, continuar su trayectoria de libertador sin máculas.

“Los sufrimientos de mis hermanos -escribió en agosto de 1862- me eran sumamente sensibles, pero más doloroso me era ver que el fruto de tantos sacrificios, tanto sufrimientos, era la pérdida de la Independencia, de esa Patria tan cara a mi corazón, y en lugar de aceptar la opulencia que nos degradaba acepté con júbilo la amarga decepción que sabía me aguardaba el día que no se creyeran útiles ni necesarios a particulares intereses mis cortos servicios”.

El 28 de marzo de 1864, en carta que dirigió a los miembros del gobierno restaurador, Duarte nueva vez se refirió a las penurias sufridas por su intransigente convicción nacionalista y fustigó a los enemigos de la independencia dominicana en estos términos: “Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido con vender al extranjero la patria cuya independencia jurara defender a todo trance; he arrojado durante veinte años la vida nómada del proscrito sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza, que siempre se albergó en mi alma, de volver un día al seno de mis conciudadanos, a consagrar a la defensa de sus derechos políticos, cuanto aún me restase de fuerza y vida.”

“Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria.”

“El Señor allanó mis caminos y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron en mi marcha,...”



En esa ocasión, Duarte se ofreció para incorporarse a la lucha que libraban los nacionalistas dominicanos contra los españoles. Se proponía contribuir una vez más a la liberación de la patria para luego permanecer en el país y con toda seguridad dedicarse a labores privadas.

Sin embargo, el gobierno restaurador, por conducto del ministro de relaciones exteriores, que lo era don Ulises Espaillat, consideró que los servicios al país del benemérito patriota podían ser mucho más útiles en el extranjero. En consecuencia, se le encomendó una misión diplomática en Venezuela que en principio Duarte rechazó alegando problemas de salud, pero que poco después aceptó, tras enterarse de un comentario avieso publicado en un periódico de La Habana, llamado Diario de la Marina²³, en el que se afirmaba que su presencia en Santo Domingo causaba rivalidad y división en

23 *El texto del falaz artículo, acaso escrito por un periodista español, de nombre J. M. Gafas, a la sazón en Santo Domingo, es el siguiente:*

‘Hay noticias dignas de crédito de que el General Duarte ha venido a cooperar activamente con los rebeldes. Este Duarte, de nombre Don Juan Pablo, es sujeto que hizo gran papel en 1844, cuando se formó la República Dominicana, habiendo sido proclamado entonces como su primer Presidente en el Cibao. Pero careciendo de tacto para saber manejar sus negocios, o sobradamente presuntuoso para contar con el apoyo de otras influencias que las de sus vaporosos satélites, se malquistó desde el primer instante con el General Santana, quien estrenó combatiéndole las fuerzas y el prestigio que alcanzara en sus primeras victorias, sobre los haitianos. Duarte sucumbió fácilmente y salió proscrito para Venezuela, donde hasta el día se había obstinado en permanecer oscuramente, sin embargo de que varias veces ha tenido, (y bajo el gobierno de S.M. con mayor razón) abiertas las puertas de su país. Es don de las nulidades políticas salir de la inactividad para consumir su descrédito, y el paso que da hoy D. Pablo Duarte uniéndose a la pésima causa de la rebelión, merece desde luego la calificación de disparate, y tal, que para ser capaz de cometerle se necesita un cerebro desorganizado. Precisamente habrán querido Benigno Rojas y los dos o tres jefes menos ignorantes de la rebelión sacar gran partido para con los suyos de este incidente personal, y se pretenderá dar a Duarte la significación de un grande hombre capaz de hacer milagros.

‘Resultado indefectible: que el Presidente Pepillo Salcedo, Polanco, el generalísimo y los no menos generalísimos Luperón y Monción, no querrán ceder la preeminencia que hoy tienen entre los suyos, y verán de reojos al recién venido, a quien considerarán como a un zángano perezoso que viene a libar la miel elaborada por ellos. Verdad es que la miel y la colmena no valen gran cosa; pero esos señores no las han visto más gordas, y las tienen en tanto aprecio que entre riñen por ellas como César y Pompeyo por el imperio del mundo. Dígalo si no el imperio de Florentino asesinado por Juan Rondón, a causa de rencillas anteriores sobre lo mío y lo tuyo en los saqueos de Azua, San Juan, etc.

‘La llegada de Duarte entre esa clase de gente, puede asegurarse, por consiguiente, como una nueva causa de complicación y disolución que surge entre los rebeldes, ya profundamente desmoralizados por sus propios desórdenes’. Cf. Emilio Rodríguez Demorizi: “En torno a Duarte”. Academia Dominicana de la Historia, Vol. XLII, Editora Taller, Santo Domingo, 1976.



los círculos de poder del gobierno restaurador. Sólo así el patricio juzgó prudente aceptar la encomienda diplomática en Sudamérica, por lo que justificó su actitud de esta manera:

“Si he vuelto a mi patria después de tantos años de ausencia, ha sido para servirle con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fui motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos y jamás piedra de escándalo, ni manzana de discordia”.

Refiriéndose, al parecer, a esas intrigas políticas, el poeta Félix María del Monte, en carta de abril 11 de 1864, quien entonces se hallaba en Puerto Rico, le escribió a Duarte: “¿Por qué no estás en el Cibao? Lo comprendo con dolor, aunque nada me dices. Ninguna gloria verdadera se excluye; porque sólo pueden existir rivalidades entre medianías ambiciosas. ¿Es que no hay espacio para el Padre de la Patria y para su Protomártir al mismo tiempo? Quiera el cielo que un espíritu egoísta venga a perpetuar entre nosotros el germen de las pasadas discordias. Sólo la nulidad es envidiosa; sólo ella reniega del mérito!”.

Ausencia definitiva

A mediados de 1864, Duarte abandonaría el país para siempre, en esa ocasión en gestión oficial. Desempeñó el cargo diplomático que le fue asignado hasta el mes de marzo del siguiente año, cuando a raíz del derrocamiento y posterior asesinato del presidente Pepillo Salcedo, el Patricio consideró necesario que su nombramiento debía ser ratificado por el presidente sucesor, el general Gaspar Polanco. Como dicha ratificación nunca se produjo, Duarte dio por finalizada su misión diplomática advirtiendo al Ministro de Relaciones Exteriores que “no he dejado ni dejaré de trabajar en favor de nuestra Santa Causa haciendo por ella como siempre más de lo que puedo, y sino he hecho hasta ahora todo lo que debo y he querido, quiero y querré hacer siempre en su obsequio, es porque nunca falta quien desbarate con los pies lo que yo hago con las manos.”

Poco después el general Duarte perdería contacto con los diferentes sectores políticos dominicanos que emergieron con poste-



rioridad a la guerra restauradora. “Los partidos personales comenzaban a luchar por el mando, y Duarte, que había jurado no desenvainar su espada en contiendas civiles, esperó en Caracas que la Patria, libre otra vez, tuviera un gobierno nacional estable, que le permitiese ir a morir en paz en la tierra de sus progenitores²⁴”

Transcurrieron once años desde la última comunicación que Duarte dirigió al gobierno restaurador. Según consignaría don Emiliano Tejera, se trató de un período -tanto para él como para su atribulada familia-, “de angustias infinitas, de dolores profundos. La miseria y las enfermedades se le vinieron encima, como precursores de la muerte, y la Patria entretanto se desgarraba las entrañas, como poseída por vértigo infernal.”

Infructuosamente Duarte esperó a que en su país imperaran la paz y la concordia entre los buenos dominicanos para entonces regresar. Lamentablemente, esa aspiración de ver su Patria unificada, exenta de pugnas intra-partidistas por el poder, resultaría una especie de utopía. El tiempo transcurrió y Duarte, alejado de su pueblo, falleció sin que sus más puros anhelos se convirtieran en realidad. En julio de 1876, Andrés de Vizcarrondo, fiel amigo suyo, escribió: “A las tres de la madrugada del 15 del presente mes pasó a mejor vida el ilustre General Dominicano Juan Pablo Duarte, después de una larga y penosa enfermedad y sufrimientos morales que sin duda anticiparon su muerte, la cual supo esperar con su valor acostumbrado y resignación cristiana hasta su último aliento.”²⁵

El historiador Emilio Rodríguez Demorizi sintetizaría así la trayectoria de Duarte: “Figura central en el período de gestación de la República, de 1838 a 1844, no bien acaba de crearla es lanzado al destierro. Vida terriblemente aciaga desde entonces. Del Ozama al frío Hamburgo. De Saint Thomas a Caracas. De las oscuras selvas

²⁴ *Emiliano Tejera, Op. Cit. Pág. 108.*

²⁵ *Cf. “Necrologías del Padre de la Patria”, Pág. 7.*



de Venezuela a los campos de Santiago, adonde viene a luchar contra España. De allí a Caracas y a la muerte.”²⁶

El reconocimiento de la posteridad

Durante la Primera República, la prolongada ausencia del país de Juan Pablo Duarte, junto con el fenómeno del caudillismo, originalmente personificado en los generales Pedro Santana y Buenaventura Báez, contribuyeron a echar su nombre sin máculas en cruel olvido colectivo.

Hacia 1865, cuando las tropas españolas abandonaron nuestro territorio y se restauró la República, ya Duarte era una figura poco conocida en Santo Domingo. La primera vez que en un acto público se mencionaron “los ilustres nombres de Duarte, Sánchez, Mella y otros beneméritos que la gratitud nacional recuerda”²⁷, asociándolos a la revolución de 1844, fue el 27 de febrero de 1867.

Dos años antes, en 1865, durante las elecciones presidenciales que tuvieron lugar en Santo Domingo y en las que resultó electo el general José María Cabral, el nombre de Duarte fue incluido en una de las boletas como candidato a la presidencia, recibiendo apenas tres votos. Probablemente Duarte nunca se enteró de esa consulta electoral. Se sabe que continuó residiendo en Caracas junto con sus hermanos y que allí, en medio de insalvables dificultades económicas, falleció el 15 de julio de 1876, víctima de una severa tisis pulmonar²⁸ que le postró en cama durante más de un año. Te-

26 Citado por V.A.D. en su artículo “Duarte como poeta”, inserto en “*Vetilio Alfau Durán en Clio*”, tomo II, p. 33 y 34.

27 José Gabriel García, artículo en *El Monitor*, marzo 2, 1867.

28 Al doctor Antonio Frías Galvez, fervoroso estudioso de la vida de Duarte y miembro del Institut Duartiano, debemos el conocimiento de un invaluable documento que da constancia el 16 de julio a 1876 “que ayer a las tres de la madrugada falleció el adulto Juan Pablo Duarte, entre las esquinas del Zamuro y el Pájaro, y que según certificación del Dr. Federico Tejera, murió de tisis pulmonar...” Cf. “Dos historiadores coinciden sobre causa muerte Duarte”, en el libro “*Vetilio Alfau Durán en el Listín Diario*”, tomo II, p. 411. Compiladores Aristides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón. Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Vol. VIII, Editora Corripio, Santo Domingo, 1994. Existe, además, una magnífica monografía inédita escrita por la doctoras en derecho Mirla Tanlé y Josefina Pannocchia, titulada “Juan Pablo Duarte, muerte, inhumación y exhumaciones de sus restos”, Universidad de la Tercera Edad, Santo Domingo, septiembre de 1996.



nía 63 años de edad. Su vida política fue breve y desdichada, si es que la desdicha puede ser breve.²⁹

En vida Duarte padeció muchos denuestos y calumnias; pero también después de muerto ha habido quienes olímpicamente le han querido negar su condición de Padre de la Patria y han cuestionado algunas de sus virtudes, como su intachable honor, su conducta viril, su reciedumbre moral, su probada valentía personal y sus inquebrantables principios revolucionarios.

Su figura histórica no ha estado exenta de apasionadas polémicas que han girado en torno de si le corresponde o no el título de principal Fundador de la República. Es más: para elevarlo oficialmente a la categoría de Padre de la Patria fue menester que transcurrieran más de 50 años luego de proclamada la República.

Pese a que ese justo y merecido reconocimiento tuvo lugar tardíamente, el mismo -entristece admitirlo- se produjo en medio de acerbos discusiones entre facciones políticas arremolinadas en torno de los nombres de Sánchez y Santana que pugnaban por elevar a la más alta categoría de nuestro Panteón Nacional al personaje de su predilección, aún en desmedro de la memoria de Juan Pablo Duarte.

El caso de la estatua

Esas controversias afloraron públicamente cuando un grupo de distinguidos ciudadanos, presididos nada menos que por el octogenario poeta y compañero de Duarte en La Filantrópica, Félix María del Monte, se propuso reconocer el aporte de nuestros prohombres en el proceso de proclamación de la República. Dicho reconocimiento tendría lugar por medio de la colocación de estatuas de esas figuras en diferentes lugares de la ciudad, para que de esa manera la juventud de la época y las generaciones del porvenir tuvieran en ellos a los auténticos paradigmas de nuestra independencia. Como era natural, el primer personaje en ser objeto de

29 La sentencia es de Borges, quien en cierta ocasión, al referirse a Edgar Allan Poe, escribió: "Su vida fue breve y desdichada, si es que la desdicha puede ser breve."



ese reconocimiento colectivo sería Juan Pablo Duarte, propósito éste que desató un verdadero cisma.³⁰

El proceso para la erección de una estatua en honor de Duarte y la configuración de la inmortal tríada Duarte, Sánchez y Mella no pudo ser más traumático y prolongado. En efecto, dicho proceso dio lugar al surgimiento de una pugnaz controversia pública entre dos grupos de ciudadanos, denominados “sanchistas” y “duartistas”, cuyos argumentos en favor de la primacía histórica de sus respectivos héroes trascenderían varias generaciones y se manifestarían en diferentes épocas a lo largo del presente siglo, en cenáculos académicos y en diversos medios de comunicación³¹.

Resulta doloroso admitir que hacia finales del pasado siglo la oposición al proyecto de erección de una efigie del fundador de la República fue de tal magnitud, que transcurrieron más de 35 años para que la nación presenciara por primera vez un homenaje de esa categoría en honor de Duarte. Se trató de la estatua que actualmente se halla colocada en la plaza situada en la esquina formada por las calles Padre Billini y Duarte. Se escogió esa plaza porque había sido el escenario del primer triunfo político de los trinitarios en marzo de 1843 cuando el movimiento de La Reforma.

Pero no culminan ahí las vicisitudes de Duarte. Bien entrado el presente siglo, en algunos cenáculos se esparció una tesis, que todavía espera por documentación fáctica que la fundamente, en el sentido de que en dos ocasiones el Patricio contrajo matrimonio y que, como fruto de ambas uniones conyugales, dejó descendencia tanto en Santo Domingo como en Venezuela.

Nada de extraño tiene que un hombre, o una mujer, tengan hijos. La reproducción de la especie es ley incontrovertible de la naturaleza. Sin embargo, resulta curioso que un hombre de la talla moral de Duarte, de su férrea formación cristiana, y del respeto que pro-

30 Ver: Leonidas García Lluberes, “Cuál fue el verdadero origen del cisma provocado por los que se opusieron a la estatua de Duarte”, inserto en “Crítica Histórica”, Pp. 257-259, Academia Dominicana de la Historia, Vol. XVI, Editora Montalvo, Santo Domingo, R.D., 1964.

31 Acerca de la polémica sobre los principales próceres de la independencia, véase nuestro trabajo “Breve historia de la polémica entre sanchistas y duartistas”, que se reproduce en este libro.



fesó por el núcleo de la familia, ignorara su descendencia natural, es decir, a sus esposas e hijos, hasta el extremo de jamás mencionarlos, pese a que tuvo suficientes oportunidades para reconocer su existencia. Igual silencio guardaron en relación con esa supuesta familia tanto sus hermanas como sus más allegados compañeros de lucha, a quienes debemos numerosos y verosímiles testimonios sobre su vida y obra. Tampoco ninguno de sus supuestos descendientes, en el pasado siglo, reclamó ni pública ni privadamente su filiación con el Patricio. Mientras no se aporten pruebas documentalmentefehacientes en torno de los hijos de Duarte y de sus dos alegados matrimonios, no podemos menos que catalogar dicha tesis de apócrifa³².

Conclusión

Jamás habrá consenso acerca de la indiscutible proceridad sin manchas del insigne Juan Pablo Duarte. Siempre habrá quien manifieste discordancia respecto de la forma en que se debe venerar al ilustre Fundador de la República Dominicana. Sin embargo, si al momento de juzgar y valorar las acciones de nuestros prohombres procedemos con imparcialidad y honestidad, al evaluar a Duarte dentro del contexto histórico en que le correspondió actuar, forzoso será admitir que el hombre poseyó admirables dotes de conductor de pueblos y auténticas virtudes de un Padre de la Patria.

32 *A mediados del decenio de los cincuenta, el historiador puertorriqueño Luis Padilla de Onís, establecido en nuestro país en donde dejó descendencia, realizó una investigación, que permaneció inédita hasta 1992, en la que se propuso demostrar que Juan Pablo Duarte había casado y dejado descendencia tanto en Sabana de la Mar como en Venezuela. La tesis de Padilla D'Onís, inconclusa, fue retomada posteriormente por el licenciado Raimundo Tirado Calcaño quien ha realizado investigaciones sobre el tema en el país, en Puerto Rico y en Venezuela. Incluso a la iniciativa de este reconocido profesional se debe la publicación por primera vez del libro de Luis Padilla D'Onís intitolado "Galería de Dominicanos Ilustres. Juan Pablo Duarte y sus descendientes" (Santo Domingo, R.D., 1992), en cuyo contenido aparece explicitada la referida tesis, todavía por comprobarse documentalmentef. En el prólogo de esta obra, el licenciado Tirado anunció que tiene en preparación dos libros sobre el tema de la supuesta descendencia de Duarte. Estamos a la espera de la publicación de esos trabajos conjuntamente con la documentación que Tirado afirma poseer para entonces evaluar sus postulados y emitir nuestra opinión sobre el particular. Para más detalles y pormenores sobre este tema, ver nuestro trabajo "En torno a la supuesta descendencia de Juan Pablo Duarte", que se inserta en la presente edición.*



A pesar de todos los sinsabores que Duarte experimentó en el decurso de su ejemplar trayectoria pública y privada, y pese a todos los infundios y denuestos que en torno de su memoria se han esparcido aún después de muerto, la posteridad, que suele ser justiciera, ha reconocido el verdadero lugar que corresponde a cada uno de nuestros héroes nacionales en el Olimpo de los dioses dominicanos, especialmente al insigne fundador de La Trinitaria y principal propulsor, en su época, de una República libre e independiente de toda dominación extranjera.

Duarte fue un revolucionario en todo el sentido de la palabra; un intelectual preocupado por su pueblo y un consagrado humanista. En cierto pasaje de su vasta obra historiográfica, don Vetilio Alfau Durán escribió que todo cuanto fluyó de su pluma y todo cuanto en el campo de la praxis realizó ese hombre singular que nos dio el don supremo de una Patria³³, encierra una profunda e incommensurable enseñanza que debemos emular y aprovechar los dominicanos del presente y del porvenir.

Razón tuvo, pues, don Emiliano Tejera al sostener que, después de todo, es el tiempo el que convierte las penalidades del héroe en rayos de gloria.

